



á Sarsfiel por afuera con el resto para incomodar á Suchet. Conociendo éste que debía tomar la fortaleza del Olivo antes de acometer la plaza, que cifraba en aquélla mucha parte de su seguridad, la hizo combatir con la mayor energía. A pesar del valor que desplegaron sus defensores, los franceses se apoderaron de los parapetos que la protegían, rechazaron una salida impetuosa que los arrolló en un principio, desmontaron todos nuestros cañones y abrieron brecha. Al punto se lanzaron á ella, en la noche de aquel mismo día; pero fueron rechazados, y probablemente no la hubieran entonces salvado sin dos incidentes que vinieron en su auxilio simultáneamente: uno el haber descubierto que por los caños del acueducto del fuerte podía entrarse en su recinto, cosa que ejecutaron derramándose por las murallas sin apercibirse los nuestros de ello sino demasiado tarde, y otro el casual encuentro de una columna dirigida al ataque con el relevo de la guarnición, que se mudaba de ocho en ocho días. Al refugiarse, nuestros soldados en la fortaleza, penetraron con ellos algunos franceses que abrieron una puerta á los demas. Unidos éstos con los del acueducto, acorralaron á los defensores, y aunque lucharon como leones, según confesión del mismo Suchet, perdiendo palmo á palmo el terreno, sucumbieron bajo el refuerzo con que cargó Harispe. Quedaron allí de los nuestros más de mil hombres, y de los enemigos la mitad.

Abatió profundamente á la plaza esta pérdida. Reunido un consejo de generales, se acordó que saliese de ella Campoverde; que Sarsfiel viniese á tomar á su cargo la defensa del arrabal en la embestida que se esperaba; y que el baron de Eroles le reemplazase pasando á cubrir las avenidas de Lérida en el Momblanch.

Los franceses, apoderados del Olivo, dieron principio al ataque contra la plaza, levantando la primera paralela á ciento ochenta toesas del frente que cubría el arrabal con los baluartes Francolí y Orleans; pocos días despues, á pesar de las repetidas salidas de los sitiados, levantaron otra á sólo treinta toesas, y al amanecer del siguiente, 7 de Junio, comenzaron á batir

en brecha los muros del Francolí. Cuando iban á darle el asalto, el gobernador de la plaza, que era Contreras, ordenó al del fuerte que lo abandonase retirando la artillería. Siguiéron los franceses avanzando sus obras, sin podérselo impedir con bruscas y valerosas arremetidas. El 15 tenían ya tres ramales delante de la segunda paralela contra los baluartes de Orleans y San Carlos, comprendiendo la luneta del Príncipe, primera que acometieron y tomaron. Concluida con su apoyo la tercera paralela, el 21 empezaron á batir los muros de aquel frente, y en el mismo día, abiertas tres brechas, dos en los baluartes mencionados y la otra en Fuerte-Real, dieron el asalto. Los tres puntos cayeron en su poder, y con ellos el arrabal, á cuyo vecindario trataron despiadadamente. Orgullosos los vencedores con el buen éxito de todos sus ataques, aunque á mucha costa ganados, ofrecieron capitulación á la plaza; y como el gobernador la rechazase, aquella misma noche principiaron á construir la primera paralela contra el débil recinto que la circuye, apoyando la derecha en el mar y la izquierda en el fuerte de Santo Domingo.

Campoverde, falto de fuerzas, nada pudo evitar con sus movimientos exteriores, mientras no se le reunió la division que de Valencia mandó en su ayuda D. Carlos Odonnell, sucesor de Bassecourt en aquel reino. Con ella juntó en Igualada el 16 unos diez mil quinientos hombres, á cuyo frente pensó marchar desde luego en socorro de la ciudad sitiada. Moviése empero con tanta lentitud, que hasta el 25 no hizo su tentativa, y entonces Miranda, jefe de la division valenciana, que debía acometer los campamentos enemigos de Hostalnou y Pallaresos, se excusó de hacerlo pretextando no conocer el terreno. Malograda la ocasion, pues Suchet tomó todas las disposiciones necesarias para repeler á los nuestros, Campoverde se ladeó hácia Vendrell. Perdida así la esperanza, la plaza sólo confió en la ayuda de unos mil doscientos ingleses que se presentaron el día siguiente en el puerto, procedentes de Cádiz; pero así que sus jefes se informaron del estado del sitio, se mostraron frios, aunque dispuestos á obedecer si se les mandaba desembarcar;



decision que Contreras prefirió dejar á su arbitrio. Ellos permanecieron á bordo, con lo cual, y las intempestivas disensiones que se suscitaron entre el gobernador y Campoverde, se quebró mucho el ánimo de los defensores.

Suchet, que no había entretanto suspendido las obras de la última paralela, fuera de cuidado respecto á los socorros exteriores, rompió el fuego de brecha en la mañana del 28 contra la batería del frente de San Juan, que quedó aportillada y en disposición de ser acometida á las cinco de la tarde. Decidido Contreras á disputar la ciudad palmo á palmo, formó detrás de la brecha dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería, los cuales, auxiliados por la artillería, opusieron una resistencia desesperada á los invasores. Una vez y otra fueron derribados de las murallas y rechazados del ancho boqueron, hasta el punto de que los soldados vacilasen en obedecer la orden que les mandaba á una muerte segura. Acudieron refuerzos para reanimar; vino la reserva; los ayudantes mismos de Suchet abalanzan á la carga, formase un batallon de honor, todo de oficiales, para alentar á la tropa; y acometen unos tras otros la espantosa boca de la muralla, que parece ser la erupcion de un volcán. Al fin el número siempre creciente de los enemigos vence la firmeza y el coraje de los españoles. Aquéllos penetran en el baluarte de San Pablo, y aunque por un buen rato el regimiento de Almansa siguió combatiendo en las cortaduras de la rambla, los que se habían extendido á lo largo del adarve, cayendo sobre él por el flanco y por la espalda, no tardaron en arrollarlo y destrozarlo. Entonces nada resistió el ímpetu francés sediento de venganza: el saqueo, la muerte de inermes habitantes, la destruccion, el incendio, la violacion, todos los horrores, en fin, de las pasiones humanas en su mayor frenesí se desplegaron y extendieron en la ciudad vencida como furias desatadas. Completaron aquellas horas de vandalismo el número de cuatro mil víctimas, que tuvo el vecindario. El gobernador Contreras, herido, cayó prisionero; un hermano del marqués de Campoverde murió defendiéndose; Courten, Cabrery y otros jefes quedaron prisioneros de guerra

con la guarnicion, que se elevaba todavía, contando los enfermos de los hospitales, á siete mil ochocientos hombres. De los enemigos perecieron cuatro mil trescientos, según su propia confesion; pero hacen otros subir la cuenta á siete mil, número que no parecerá exagerado, si se considera que tuvieron que abrir nueve brechas y dar cinco asaltos. Contreras hizo cuanto sabía por defender la plaza, y Campoverde no hizo todo lo que debió para salvarla,

Suchet quiso en Reus celebrar su victoria con una funcion religiosa, creyendo con este acto de hipocresía granjearse popularidad; pero al verle bajo palio en procesion por las calles, más se irritaron que aplacaron los ánimos. Estaba demasiado cerca el día en que sus soldados habían profanado los templos, destrozado las imágenes, cometido todo linaje de sacrilegios. Napoleon, así que supo su victoria, lo elevó á mariscal de Francia.

La noticia de la toma de Tarragona causó en todo el Principado profunda emocion; y como en todos los reveses se busca un culpable, Campoverde, antes tan querido, padeció mucho en su reputacion. Disgustado de su mala fortuna, llamó á consejo para tratar lo que debía hacerse, y se resolvió la evacuacion de Cataluña; resolucion desatinada, porque podian muy bien mantenerse en la alta montaña apoyados en las plazas de Cardona, Berga y Seo de Urgel sin contar la inexpugnable de Figueras, que podian tomar como nueva base de operaciones. Desatinada además, porque dió mayor estímulo á la desercion, que se pronunció en seguida, por preferir los muchos catalanes que había en el ejército, á la rígida disciplina de la tropa reglada bajo jefes de otras provincias, el servir en las guerrillas. Por otra parte los valencianos pedian con instancia que se les cumpliese la promesa de volver á su país, al notar que se les llevaba en direccion opuesta.

No se oponia á esto Campoverde, sino las circunstancias, porque Suchet, apenas tomó posesion de la plaza vencida, salió en busca del ejército español en tres cuerpos hácia Barcelona. En este camino cometió crueldades que manchan su buen nombre contra infelices soldados hechos prisioneros, quizá creyendo ser el





terror buen medio para rendir el indómito valor del catalán. Viendo que no lograba su objeto en la persecución, porque nuestro ejército se internaba, tornó á Tarragona para asegurar bien su conquista. Campoverde, que caminaba hácia Agramunt, retrocedió á la costa, y despachó en Arenys de Mar la división valenciana.

Al alejarse de allí encontró en Vich al sucesor que le mandaba de Cádiz la regencia, que era el general Lacy (9 de Julio).

El nuevo caudillo se retiró á Solsona con la junta provincial, que había estado en Monserrat durante el sitio de Tarragona, y allí, en medio de las montañas y al amparo de las fortalezas de Cardona y Seo de Urgel, se propuso regenerar su ejército que estaba harto abatido.

Principió despidiendo un número excedente de oficiales con más de quinientos soldados desmontados, que puso bajo las órdenes del brigadier Gasca, militar intrépido que ejecutó una marcha admirable para salvar su gente. Faldeando los Pirineos, fué á dar con Mina en Navarra, y de allí cruzando el Ebro con guías que aquél le dió, emprendió la vuelta de Valencia, á cuyo ejército se incorporó casi íntegra su expedición, á pesar de tan asombrosa marcha y de los muchos encuentros que sostuvo.

Entretanto el nuevo mariscal, cumpliendo las órdenes del emperador, demolió las obras exteriores de Tarragona y se puso en marcha para Monserrat, después de cuya toma debía dirigirse á Valencia.

Es la célebre montaña de Monserrat una de las más bellas curiosidades que la naturaleza presenta en España, y un asunto interesante de estudio para el geólogo. Levántase, aislada, de la base general del terreno cuatro mil piés con una circunferencia de ocho leguas, que va disminuyendo en agria pendiente hasta la mitad de la falda, desde donde ya no se alza un solo cono sino varios á manera de pirámide, de veinte á ciento cincuenta piés de altura, presentando al observador la perspectiva de un templo gótico ó de un juego de bolos. Podría decirse que eran los machones sobre que habría sido formada la montaña y que el agua los va

desguarneciendo poco á poco. El cuerpo de la montaña lo constituyen rocas sólidas de medio pié de grueso hasta ciento, después en sentido horizontal con alguna inclinación á Poniente. Los picachos son de distinta naturaleza, pues los constituye un conglomerado extraño de piedras calizas, cuarzosas, areniscas, de todos tamaños, hasta el volumen de la cabeza humana, todos redondeados y unidos por un fuerte cemento betuminoso: es muy semejante á la brecha ó almendrilla de Alepo. Cuando el sentimiento religioso, en sus primeros desarrollos, buscaba la soledad para la contemplación y la penitencia, estas alturas se vieron habitadas por varios ermitaños, que se construían un miserable asilo en las cavidades de las peñas ó en la cima misma de algun picacho. Después, cuando el sentimiento hubo perdido su primitivo fervor, se construyó el famoso monasterio en que se venera la Virgen de Monserrat, al pié de los conos, sobre el Llobregat hácia el Oriente en medio de una pequeña explanada, que parece convidar á la observación del magnífico panorama que se ofrece á la vista: al Este y Sur está el Mediterráneo, viéndose en lejanía las islas Baleares: por las demás partes limitan el horizonte los montes de Valencia, Aragón y los Pirineos. El hallazgo por unos labradores, en 880, de la imagen de dicha Virgen en una cueva, distante ochocientos pasos, según una tradición cuidadosamente conservada por los monjes, dió lugar á la formación de este célebre monasterio del orden de benitos por el conde de Barcelona Wifredo el Belloso, á quien reemplazaron en su magnífica protección casi todos los reyes de España. Ardian constantemente en la iglesia un gran número de bujías repartidas en ochenta lámparas, y eran incalculables las riquezas que en alhajas había amontonado en el tesoro de la Virgen la piedad de unos siglos y la vanidad de otros. Sólo un manto tenía mil doscientos diamantes. Conducen al monasterio dos caminos desde poco antes de Collbató, lugar situado al pié de la montaña: uno de carruajes, por el cual se emplean seis horas en la subida, y otro de herradura por el cual se llega en dos.

Situado Monserrat á siete leguas de Barce-



lona sobre la carretera de Zaragoza á Madrid, siendo difícil su acceso porque los picos no dejan sino pasos angostos y escabrosos, y concurren allí varias avenidas de la montaña, los españoles, al empezar la guerra, cuidaron de asegurar su posesión por medio de cortaduras y otras obras. Recientemente había sido confiada su guarda al barón de Eroles con tres mil hombres, la mayor parte de somatenes.

El 25 de Julio se presentó á atacarlos Suchet, acompañado del general Abbé y el gobernador de Barcelona, Mathieu. Los nuestros, resistieron bizarramente en todas partes; mas algunos tiradores sueltos, penetrando por las quiebras, cayeron sobre ellos de sorpresa por la espalda, y si no los rindieron fué porque prefirieron morir sobre sus cañones. Lo mismo sucedió en la defensa del monasterio, pues cuando el grueso de las fuerzas llegó á su vista, ya los tiradores lo hostilizaban desde los picachos y habían penetrado en él por una puerta trasera. El combate, haciéndose personal, fué sangriento, y hubiera terminado por los españoles sin la llegada de Abbé.

Confiando Suchet la conservación de esta conquista, más ruidosa que difícil, atendida la imposibilidad de guardar todas sus entradas, al italiano Palombini, con fuerzas bastantes de infantería y artillería, se alejó de aquellos lugares, donde no esperaba vida sosegada á los franceses, con ánimo de proseguir sus triunfos. Puso en el castillo de Figueras sus miras, si Macdonald, que lo tenía cercado con doble línea, no bastase á rendirlo. No llegó este caso; porque el gobernador Martínez, sabiendo resistir con hidalguía los halagos y amenazas del francés, no pudo precaverse contra los estragos y el influjo del hambre. Consumidos los víveres, llegando á matar para el necesario sustento los caballos y otros animales ménos estimados, intentó abrirse paso con la espada; se lo impidió la vigilancia del enemigo, y le fué forzoso rendirse el 19 de Agosto. Con él quedaron prisioneros dos mil almas.

A pesar de los golpes tan mortales, el bravo catalán no se abate, antes despliega mayor audacia y actividad. A la voz de su paisano Lacy acuden todos desaladamente, y al verle reorga-

nizar las deshechas haces, penetrar en la Cerdeña francesa, exigir contribuciones y sembrar el territorio de partidas como al principio de la guerra, cuando no podía caminar un francés por parte ninguna sino acechado por la muerte, renació más viva que nunca la esperanza de venturosa fortuna. «No hemos jurado ser libres, decía animosa la junta en una proclama, ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? Pues á cumplirlo.»

Suchet, desconociendo el carácter de aquellos naturales, juzgó cumplida su misión en Cataluña con la ocupación de Tortosa, Tarragona y Figueras, y se volvió engreído á Zaragoza á disponer los preparativos para la conquista de Valencia, sobre la cual dirigía sus miras á la sazón la regencia como el punto más á propósito para reparar las desgracias de Cataluña.

Blake, á quien desagradaba operar bajo la dependencia de Wellington, fué quien propuso esta nueva expedición, en que las Cortes consintieron, poniendo la regencia bajo sus órdenes, además de la gente que había llevado al condado de Niebla, los ejércitos 2.º y 3.º con las partidas á ellos agregadas. Tomaron tierra los expedicionarios en Almería el 31 de Julio, y desde allí subieron hasta la venta del Baul, donde estaba Freire, para marchar en seguida á Valencia. Apenas tuvo Soult noticia de este movimiento, decidió ir en apoyo de Granada. A Godinot, que había sustituido á Sebastiani, ordenó que cayese en la noche del 6 al 7 de Agosto con su división sobre la derecha de los españoles, que tenía Cuadra en Cozohalcon; á Leval mandó que al mismo tiempo marchase contra el centro, adonde él concurrió también. Freire, jefe allí de nuestras armas, aunque penetró las intenciones del enemigo, no juzgó necesario alterar las posiciones ventajosas que ocupaba, ni tomar más precauciones que reforzar la derecha con la división de Zayas y la caballería, á cuyo frente, por una breve ausencia de este jefe, se puso D. José Odonnell. Sabiendo éste al acercarse á su destino que Cuadra había cesado de su posición, en vez de replegarse, la tomó en las alturas de la derecha del Barbate. La fuerza era de algo más de cinco mil hombres,





Godinot los atacó allí osadamente á favor de la artillería, de que carecía su contrario, y tardó poco en obligarlos á retirarse dejando en su poder más de mil prisioneros, y en el campo cerca de quinientos entre muertos y heridos. La caballería, que acudió á su socorro, fué también obligada á retirarse á Cullar, donde se reunieron los trozos de aquella brillante división que poco antes tanto se había señalado en la Albuera.

El mismo día se batía Freire en sus posiciones del Baul teniendo á raya á los franceses; pero al saber el revés de Zujar, abandonó de noche el campo camino de Murcia, y no paró hasta Caravaca, donde se le incorporó la división Cuadra, quien sin aguardar órdenes, había tomado por sí aquella dirección. Fué esta retirada muy penosa por lo precipitada, por la escasez de ranchos y por la actividad del general Soult (hermano del mariscal), Leval y Latour-Maubourg, que no abandonaron la persecución sino cuando nuevas sinistras de Extremadura y la presentación de Ballesteros en la Serranía de Ronda, los precisaron á desistir.

Freyre, á consecuencia de estos sucesos, fué reemplazado con Mahy, el general de Galicia, para someter su conducta á una información sumaria. Ella demostró su inculpabilidad en una desgracia que habían acarreado Cuadra y Odonnell, á quienes, sin embargo, absolvió también el consejo.

Entretanto, á favor de estos obstáculos, había llegado Blake á Valencia, donde faltaba no poco que hacer por la impericia de los que le habían precedido, principalmente el último marqués del Palacio. Más fanático que patriota, y más religioso que militar, se había entretenido en hacer procesiones, juzgando inexpugnables los muros de aquella ciudad con sólo haber paseado por la cerca la Virgen de los Desamparados, muy venerada de los naturales. Dióse prisa Blake á recoger gente, instruírla, reforzar regimientos, avituallar y fortificar algunos puntos; pero no le dejó Suchet el tiempo que necesitaba para poner la provincia en estado de defensa.

Este mariscal, avivado con órdenes que recibió del emperador, tomado que hubo las dis-

posiciones convenientes para asegurar sus espaldas, y advertidos los ejércitos franceses de las provincias limítrofes para que cooperasen al buen éxito de la tantas veces malograda empresa, salió el 15 de Setiembre camino de Valencia al frente de veintidos mil hombres en tres cuerpos por distintas vías, que se reunieron antes de Villareal.

La plaza de Murviedro, á cuatro leguas delante del objeto capital de su expedición, sobre la carretera, debía ser el punto en que empezase á ponerse en obra la empresa. No hay español que ignore que estuvo allí la célebre é infortunada Sagunto, cuyo recuerdo inauguró ahora nuevas hazañas á través de tantos siglos. La población de nuestros días, reducida á seis mil almas, ha descendido al pié del monte que ocupaba la antigua, y se ha extendido en forma de semicírculo á orillas del Palencia, que lleva sus aguas al mar á poco más de una legua. Aunque cercada entonces por una débil tapia, su seguridad dependía del espacioso castillo que corona el monte, á cuatrocientos cuarenta piés sobre el río que la domina. Ocupa una milla de longitud; pero como obra hecha en tan diversas épocas, no hay plan en su trazo, y los muros se resentían de la injuria de los tiempos y de la incuria de los hombres. Se había pensado en rehabilitarla, y aún se emprendieron los trabajos; pero á la llegada de los franceses, la plaza de Sagunto, más que ese nombre, merecía el de simple atrincheramiento. Habíase poco antes encargado de su defensa el coronel Adriani, militar pundonoroso y valiente, á quien alentaban las cenizas que pisaba. No tenía más que dos mil novecientos hombres á sus órdenes, y sólo diez y siete piezas de artillería, las mayores de á doce, y no más que tres. Para regularizar la defensa se consideró el castillo dividido en cuatro plazas ó distritos: Dos de Mayo, San Pedro, la Ermita y el Palomar.

Suchet tenía en tan poco aprecio esta plaza, que así que la hubo cercado, sin formalizar el asedio mandó escalar el 28 á las dos de la noche por las aberturas que habían dejado los trabajadores en el distrito de San Pedro en el atrincheramiento de los Estudiantes, y el flan-



co derecho del Dos de Mayo. La lucha fué tan reñida, que varios la sostuvieron á bayonetazos, quedando despues de largo rato por los españoles, quienes recogieron por despojos más de sesenta escalas y doscientos fusiles.

Herido Suchet en su amor propio, así que hubo alejado al general Obispo y D. Carlos Odonnell, que por distintos puntos se le acercaron con algunas fuerzas, y tomado el castillo de Oropesa y la Torre del Rey que cerraban el camino de Cataluña y vigilaban la marina, concentró su atención y sus recursos sobre Murviedro, particularmente sobre la parte occidental, levantando á ciento cincuenta toesas una batería de brecha dirigida al Dos de Mayo. El 17 de Octubre rompió el fuego arrojando aquel mismo día quinientas balas rasas y setecientos proyectiles huecos, que acallaron luego nuestras piezas y abrieron una brecha practicable. A la vista del peligro que amenazaba, el brioso gobernador recuerda á los soldados el heroísmo de los antiguos saguntinos y se prepara al asalto. A la caída de la tarde, ocho compañías de granaderos del Vístula é italianos, sostenidos por otros dos mil hombres y auxiliados por la artillería, marchan á la brecha. Llegaron á su pié, muchos la montaron y algunos salieron á la cima; pero los defensores no les ceden en valor y los rechazan con la pérdida de quinientos hombres, tras un furioso combate. Al día siguiente 19, las baterías enemigas, aumentando el número de sus piezas hasta veintidos, rompen un fuego que parece animar el despecho y la venganza, y en breve queda más dilatada la brecha y abiertas otras dos, viniendo á alojarse los sitiadores á tres toesas de aquélla. Sagunto iba á sucumbir por la imposibilidad de reparar los daños de las fortificaciones y las bajas de la guarnición y la falta de los pertrechos convenientes, si no acudían pronto á su socorro.

Blake lo intentó, pero salió desairado. Así que tuvo reunidas sus fuerzas, que ascendían á más de veinticinco mil hombres, se marchó á presentar la batalla á Suchet; quien sabiéndolo demasiado tarde, y no pudiendo ya levantar el sitio sin perder la artillería, tomó la resolución de esperarle entre el mar y las alturas de Sanc-

ti-Spiritus, en cuyas posiciones colocó las divisiones de Haber y Harispe. Se trabó el choque á las ocho de la mañana del 25. Todas nuestras columnas pelearon largo rato con ventaja desalojando y haciendo retroceder á los contrarios; una se apoderó de un ribazo, en el cual se colocó prontamente una batería que hubiera decidido la victoria á ser Suchet ménos sagaz y diligente. Lanza al puente contra ella una y otra arremetida, todas rechazadas, hasta que al fin logra desalojar á los españoles, aunque sin desordenarlos. Firmes en el llano, esperan las cargas de Palombini, y las soportan con buen ánimo mientras sus jefes les asisten. Caen heridos y prisioneros Caro y Ley, y entonces el desaliento acude, los enemigos avanzan y los nuestros retroceden arrollados. Al mismo tiempo, en la izquierda, otra columna, por indiscrecion de Miranda, es puesta en dispersion. Sólo la derecha mandada por Zayas conserva sus ventajas, y si cede y se retira es porque la derrota de la izquierda y el centro le pone en grave riesgo. Retiráronse todos á las márgenes del Túria ó Guadalaviar con la falta de cerca de cinco mil plazas, muertos ó heridos novecientos, los demas prisioneros y extraviados. Perdióse esta batalla por la irresolucion de Blake sobre el campo de batalla para poner en obra y modificar el plan que la vispera hubiese felizmente concebido.

Á esta derrota era consiguiente la rendición del castillo de Sagunto. Al día inmediato le fué intimado invitando al gobernador á enviar un comisionado á informarse de la importancia de la batalla. En virtud de su relato y del estado de los muros, que no habían cesado de ser hostilizados, y de que algunos artículos de los viveres se habían agotado, y que la guarnición, no pudiéndose relevar, estaba sumamente posturada de fatiga, llamó á consejo de oficiales y manifestó su parecer, inclinado á una negociación. «Pero antes de capitular, les dijo, quiero saber si hay alguno que se sienta animado á prolongar la defensa, porque si le hay, ha de entender que en el momento le reconoceré por gobernador de Sagunto; le obedeceré y cumpliré como subalterno las órdenes que me dé.» Causaba esta manifestacion una declaracion de





las Córtes á consecuencia de la rendición de Imaz, que prohibía la entrega de una plaza mientras hubiese un solo oficial, cualquiera que fuese su graduación, que se ofreciese á continuar la defensa. Como la oferta no fuese aceptada, Adriani capituló con los honores de la guerra, tranquilo con este testimonio de haber llenado su deber. ¿A qué hubiera, en efecto, conducido ya la resistencia, si el ejército no podía socorrerle tan pronto como lo necesitaba?

A pesar de que allanado este obstáculo ningún otro debieran temer los franceses, Suchet no se atrevió acometer á Valencia recordando el descalabro de Moncey, cuando aún la insurrección era naciente, y la malaventurada expedición que él mismo condujera el año anterior. Se limitó á aproximar sus tropas y extenderlas por la izquierda del Guadalaviar hasta haber recibido los refuerzos que lo empeñado de la reciente batalla le hizo conocer necesitaba.

Ya que no pudiese acudir á su socorro, hizo Lacy cuanto un genio emprendedor y una decisión incontrastable podía intentar en la desvalida situación de Cataluña. Inflamado el entusiasmo de los pueblos y fortificados varios puntos en la montaña para que le asegurasen en todo evento un asilo, cayó de sorpresa sobre las islas Medas, en el desagüe del Ter, importantes para recibir auxilios y dar salida á los productos catalanes; por lo cual las ocupó y puso en estado de defensa.

En seguida trató de romper la línea de fuertes que el enemigo tenía establecida de Barcelona á Lérida, y acometió el primero el 4 de Octubre la villa de Igualada, de la cual se hizo dueño su segundo el intrépido barón de Eroles, así como de Cervera y Bellpuig, obligando á los enemigos á abandonar á Casamanya y el mismo Monserrat.

Revierte de repente sobre la frontera, y de acuerdo con el gobernador de la Seo de Urgel, baten á cierta fuerza en Puigcerdá, entran en Francia por el valle de Querol, derrotan á la guarnición de Marens, queman este pueblo, pasan á Ax y le imponen fuertes tributos retirándose despues tranquilamente á España.

Aburrido Macdonald con un género de guerra que nunca se veía concluir, y resentido de

que se hubiesen confiado á Suchet operaciones dentro de su distrito, recibió con placer la noticia de su relevo por el general Decaen, de quien se esperaba que el estímulo de la mariscalía lograría lo que no habían alcanzado los tres de esta categoría que le habían precedido.

La primera empresa del nuevo general fué la conducción de un convoy á Barcelona, que no pudieron impedir nuestros caudillos; pero le esperaron al regreso hácia Vich en las alturas de la Garriga, donde fué batido y perseguido hasta Granollers, precisándole á tomar el camino de San Celoni (Diciembre).

Aunque convenientes para Valencia estas diversiones de Cataluña, lo eran más las de Aragón por su situación y ser el distrito particular de Suchet. Cumpliendo las órdenes de Blake, reuniéronse en Ateca el 24 de Setiembre el Empecinado y Duran y acordaron llamar la atención acometiendo á Calatayud. Desalojaron á los franceses de la altura de los Castillos, obligándolos á encerrarse en el convento fortificado de la Merced; rechazaron una columna enviada en su socorro de Zaragoza, y amenazándolos con la ruina, los precisaron á rendirse, quedando prisionera la guarnición, excepto los oficiales, á quienes se permitió regresar á Francia bajo palabra de no volver contra España.

Lleno de enojo Musnier, gobernador de Zaragoza, reunió sus fuerzas de la izquierda del Ebro, pidió ayuda á Navarra y el 6 de Octubre se puso á la vista del punto perdido. Pero los nuestros se habían retirado ya con los prisioneros, y cuando él retrocedió lo volvieron á ocupar. Severoli, entrando á la sazón en Zaragoza con un refuerzo de diez mil hombres, perdido por Suchet, le permitió acudir de nuevo á su recobro con más fuerzas y perseguir á nuestros partidarios, que se separaron para tomar caminos distintos. Esto es, en un ejemplo, el sistema de las guerrillas.

También Mina vino entonces á Aragón á causar diversion á los franceses. Estaba sitiando á Ayerve cuando se presentó una columna enemiga superior en fuerzas, á la cual sin embargo esperó, levantando el cerco, en orden de batalla. Como no le atacasen, hizolo él, y con tal denredo, que los franceses se pusieron en



retirada y tuvieron que formar por cuatro veces cuadro para salvarse de las cargas de su caballería.

Acosados sin descanso, se entregaron en Plasencia del Gallego los que no habían perecido, excepto tres que á todo escape pudieron meterse en Huesca (17 de Octubre).

La guarnición enemiga de esta ciudad, llena de terror, la abandonó, y Mina, conseguido uno de sus principales objetos, que era aliviar de tropas francesas á Navarra, llamando á otra parte su atención, se puso en camino para su país con los prisioneros. Musnier se esforzó por salvarlos; pero el guerrillero español se burló de sus movimientos y los condujo á través de Aragón, de Navarra, de Guipúzcoa, y á la vista de varias guarniciones contrarias hasta Motrico, puerto de la costa cantábrica, para embarcarlos a bordo de una fragata inglesa.

El Empecinado, Duran, Amor y algunos otros fueron los que siguieron por Aragón y sus cercanías, haciendo correrías y amagos con tal actividad que Musnier tuvo que emplear en la izquierda del Ebro y hácia Calatayud la división de Severoli, que con tanta ansiedad estaba esperando Suchet en Valencia.

De Andalucía tampoco pudo recibir refuerzos por la expedición que Ballesteros hizo á la serranía de Ronda. Habiendo derrotado á Rignoux, Soult hizo concurrir varias divisiones á su persecución, que, por la superioridad del número, le precisaron á ponerse bajo la protección de Gibraltar (14 de Octubre). Los franceses, llegando hasta allí, trataron de tomar á Tarifa; pero fué socorrida y tuvieron que retirarse acosados por los rondeños.

Diligente Soult en prever las funestas consecuencias que podrian resultarle del incremento de la insurrección en la serranía, mandó

catorce mil hombres á contener los progresos de Ballesteros. Guarecióse éste bajo el cañon de Gibraltar, y el enemigo, por atraerle á batalla campal, marchó á poner sitio á Tarifa. Hállase esta plaza en la punta más saliente de la Península al Mediodía, concurriendo á formar el estrecho de Gibraltar Dióle su nombre el primer conquistador árabe que vino á España, y la hizo célebre también la heroica y singular defensa de Guzman el Bueno contra los moros.

En este tiempo su fortificación era mucho ménos importante por los grandes adelantos de la balística; pero, decididos el vecindario, entonces de dos mil vecinos, y la guarnición, de sólo dos mil quinientos, á no empañar el lustre de aquella hazaña, cortaron las calles, atronaron las casas y fortificaron las alturas más inmediatas. Dirigió la defensa Copons, ayudado del coronel inglés Skerret. Los franceses se presentaron á su vista el 19 de Diciembre; el 29 rompieron el fuego con nueve piezas de artillería, que ejecutaron una brecha de más de trescientas toesas por junto á la puerta del Retiro; y el 31 á las nueve de la mañana dieron el asalto con veintitres compañías, seguidas del resto de las fuerzas. Prevenidos los sitiados, las rechazaron con gran quebranto, y viniendo al mismo tiempo en su auxilio una lluvia que encenagó á los sitiadores, vióse Leval en la precisión de levantar el asedio y alejarse camino de Vejer, habiendo perdido en la expedición unos dos mil hombres con la artillería gruesa y considerable porción de equipo.

Esta actividad y estos esfuerzos de las provincias más ó ménos vecinas de la de Valencia no evitaron, como luego veremos, la pérdida de aquel hermoso territorio que no habían pisado hasta entonces los franceses sino con envidia para abandonarlo en seguida fugitivos.